



COMITÉ MEXICANO DE CIENCIAS HISTÓRICAS, A.C

Benjamín Franklin escribió, "Si no quieres perderte en el olvido tan pronto como estés muerto y corrompido, escribe cosas dignas de leerse, o haz cosas dignas de escribirse".

Esta apreciación lleva implícito el miedo experimentado por los seres humanos de no poder entrar en el panteón de la trascendencia, de no haber dejado una huella -espiritual o material- que asegure algún tipo de pervivencia una vez que se ha traspasado el umbral de la muerte.

El doctor Edmundo O'Gorman (1906-1995) tiene asegurado su lugar en la historia y en el recuerdo que lo mantendrá vivo en el imaginario y en la memoria colectiva. A partir de hoy, sus restos reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres.



"No sé si me equivoco, pero sí sé decir que así entiendo el amor del historiador por su patria y que así, en la medida de mis fuerzas y de mis luces, la he amado".



Edmundo O'Gorman (1906-1995)

Palabras de Josefina Zoraida Vázquez en la ceremonia efectuada en la Rotonda de las Personas Ilustres del Panteón Civil de Dolores de la Ciudad de México el 22 de noviembre de 2012

Don Edmundo O'Gorman

Renovador y revolucionario, don Edmundo O'Gorman representa un hito en la historiografía mexicana del siglo XX. Como profesor y como pensador transformó las maneras de hacer historia y de enseñarla.

Nacido en Coyoacán en 1906, en el seno de una familia refinada que familiarizó a sus hijos con las letras y las artes y les proveyó educación esmerada, no es extraño que haya producido dos grandes representantes de la cultura mexicana, Edmundo y Juan. Aunque era lector ávido de literatura, filosofía e historia, don Edmundo decidió estudiar Derecho por considerar que era la profesión más cercana a las humanidades. Así, después de estudiar con excelentes profesores, en la Escuela Libre de Derecho, terminó la primera fase de su formación intelectual con el título de abogado en 1928. Se convirtió en exitoso litigante durante una década, pero llamado por su verdadera vocación colgó la toga y, sacrificando ingresos, aceptó el cargo de subdirector e historiador del Archivo General de la Nación, al tiempo que daba clases, traducía obras clásicas y hacía formalmente la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Después de obtener su maestría y doctorado en Historia en 1952, pasó a ocupar el puesto de profesor de tiempo completo en la Universidad, a la que dedicó el resto de su vida.

Antes de abandonar el derecho, ya había publicado el esbozo de lo que sería su Breve historia de las divisiones territoriales que, por su utilidad, se sigue publicando. Dueño de una sólida cultura y gran conocimiento del pensamiento de su tiempo, la lectura de Ortega y Gasset lo había inclinándolo al historicismo, tendencia que se iba a fortalecer con la llegada de don José Gaos, en cuyos seminarios en la Facultad de Filosofía emprendió el estudio sistemático de Hegel, Wilhelm Dilthey y Martín Heidegger, instrumentos que le permitieron afinar su visión de la historia.

No fue fácil su incorporación a la historiografía mexicana, enferma todavía de maniqueísmo y de culto al documento inédito. Es más, los historiadores "científicos" se sintieron amenazados por las impertinentes preguntas que les planteaba don Edmundo acerca del sentido de la historia, el oficio del historiador y la naturaleza del conocimiento histórico. De todas formas en la Facultad, todavía en el edificio de Mascarones, su cátedra y seminario no tardaron de reunir a buenos estudiantes e intelectuales atraídos por la erudición y elegante exposición del maestro. Más tarde, ya en Ciudad Universitaria, su seminario se convirtió en verdadero taller de formación de historiadores, en donde el análisis riguroso y erudito de textos, les aseguró una sólida formación académica. La huella que dejó, nos permite hablar de un antes y después de O'Gorman en la historiografía mexicana. Sus reflexiones filosóficas lo llevaron a develar verdades disimuladas, a combatir el positivismo y la supuesta "objetividad" histórica. Su empeño por trascender la superficie de los hechos, explicar sus contradicciones y sacar a flote los hilos profundos que habían regido los acontecimientos, contribuyó a curar a la historiografía mexicana de sus males. A menudo lo oímos repetir que la misión del historiador era "dar explicaciones por los muertos, no en regañarlos, entre otras poderosas razones porque no puede imaginarse empeño más vano", ya que el pasado no se puede cambiar.

Erudición, imaginación, buena pluma fueron ingredientes para una obra original que en conjunto, según Antonio Saborit, es una de las más estimulantes y libres aventuras del conocimiento. A su vez, Álvaro Matute considera a *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica*, publicada en 1947, como "uno de los libros más originales hechos en México y quizá de lengua española". A mí no me cabe duda que *La invención de América de 1957* y *México el trauma de su historia de 1974* son obras señeras de nuestra historiografía. El trauma muestra su dolor profundo por México y su trayectoria nacional. La caracterización que había hecho en *La Invención de América*, al buscar en ella la escisión en dos mundos antitéticos, el sajón y el hispánico, con una Angloamérica empeñada en "reformular el ambiente natural en beneficio del hombre" y la segunda, convencida del intento de transformarla era un acto de soberbia. Esa diferente concepción de la relación del hombre con la naturaleza iba a producir dos formas de proyectarse como naciones que explican gran parte de la cadena de fracasos de México para lograr modernizar y la clave para delinear el camino a la superación.

Creo que Federico Reyes Heróles acertó al considerar que la tesis dolorosa del libro es vigente todavía, pues seguimos sin enfrentar nuestro pasado para "fomentar un cambio de mentalidad de la sociedad mexicana y enfocarla hacia lo moderno". O' Gorman fulminaba la retórica nacionalista que impedía terminar con la tensión monstruosa entre pasado y futuro y producía un presente de contrahechuras, empeñado en atribuir los fracasos a los enemigos. Instaba a encararla, y desde su discurso de aceptación del Premio Nacional en 1974, al que tituló "Del amor del historiador a su patria", confesaba su deseo de contribuir a que los mexicanos pudiéramos alcanzar "una conciencia histórica en paz consigo misma, o si se prefiere, de la convicción madura y generosa de que la patria es lo que és, por lo que ha sido, y que si tal como es ella és, no es indigna de nuestro amor, ese amor tiene que incluir de alguna manera la suma total de su pasado".

En nombre de sus incontables discípulos y lectores, agradecemos a todos los que lograron que sus restos descansen por fin en la Rotonda de las Personas Ilustres, como sin duda lo merecía.

México, 22 de noviembre de 2012
